

EL VALIENTE NEGRO EN FLANDES

VAlerosa Infanterìa
de la esclarecida España,
que entre todas las Naciones
por tu valor te señalas:
Oye de un valiente Negro
la fuerza, y valor que alcanza,
pues se acompañan con èl
los de la llave Dorada,
Duques, Condes, y Marqueses
Señores de grande salva,
siendo hijo de una Negra,
que de D. Pedro era Esclava;
mas por sus buenos servicios,
la libertad alcanzàra.
Llevòle la inclinacion
de servir al Rey de España,
y en este dichoso tiempo
unas Compañias marchan
à la Ciudad de Lisbòa,
y con ellas và el Duque de Alva.
Fui en casa del Duque un dia,
y con briosa arrogancia
le dixe: Gran Capitan,
sirvete de darme plaza,
que por el Cielo que adoro,
y por esta humilde Espada,
que he de seguir tus Vanderas,
hasta morir en campaña.
El Duque me pidiò el nombre,
dixe que Juan me llamaba.
Y respondiò el Duque invicto:
Llamate desde oi Juan de Alva;
que te he de dar mi apellido,
porque tu valor me agrada.
Embarquème, y pasè a Flandes,
empezando en sus Campañas
a dàr glorias à mi nombre,
y nuevo asunto à la fama.

Un

Un dia me llamò el Duque,
y dixo: Amigo Juan de Alva,
aquesta noche conviene
à la Corona de España,
que traigas del Enemigo
una Posta maniatada,
Alli estaba un Capitan,
que Don Juan de Roxas llaman,
y ardiendo en airada invidia,
de esta suerte al Duque le habla:
No es verguenza de Españoles
lo que Vuexcelencia manda,
que vaya un Negro à gozar
empresa tan noble, y alta?
No ai Capitanes valientes,
Sargentos, Cavos de Esquadra?
Y si no, yo irè señor,
porque ese perro no vaya.
Mucho lo agradeciò el Duque;
pero que fuese me encarga,
y yo al mirar tal desprecio,
dixe, ardiendo en ira, y saña:
O, Capitan invidioso,
quien te cogiera en campaña,
vieras la Espada del Negro,
haver si obras como hablas!
Asi que vino la noche,
caminè acia la Estacada,
donde encontrè al Capitan,
que paseandose andaba.
Posemè una mascarilla,
y al punto arranquè mi espada.
Sacò el Capitan la suya,
y à golpes, y à cuchilladas
le abatì una punta al suelo,
y luego sobre èl me echàra,
y despues que se viò en tierra,
con una voz delicada
me pide, que no lo mate,
yo le dixe, que se vaya,
y advirtiese de camino,
que soi hombre de dos caras,
y si una aqui le perdona,
le matarà otra mañana.
Quitèle una banda roxa,
con rapacejos de plata,
que por señal de mi triunfo,
hize que me la dexara.
A la Tienda del Gran Duque
fuè, diciendo en voces altas:
Desgraciado fui, Señor,
esta noche en la Estacada,
sintiòme la Centinela,
diò aviso, y tocòse al arma,
saliò una Manga furiosa,
reconociò la Campaña,
resistiendome a su esfuerzo,
de entre todos me escapara.
Estando en estas mentiras,
yo alegre, y gozoso entràra
con quatro Postas rendidas,
todas quatro maniatadas.
El Duque asi que me vido,
se ha levantado, y me abraza;
y volviendo al Capitan,
con mui corteses palabras,
dixele: Señor valiente,
sirvase usted de esa vanda,
que le quitè al Enemigo
esta noche en la Campaña.
El Capitan que lo advierte,
se ha turbado, y no me habla;
mas el Duque mi Señor,
me honrò con una Alabarda,
con titulo de Sargento,
con ella me paseaba.
ya murmuraban de mi
todos los tercios de España;
y estando yo con el Duque
la vispera de Santa Ana,

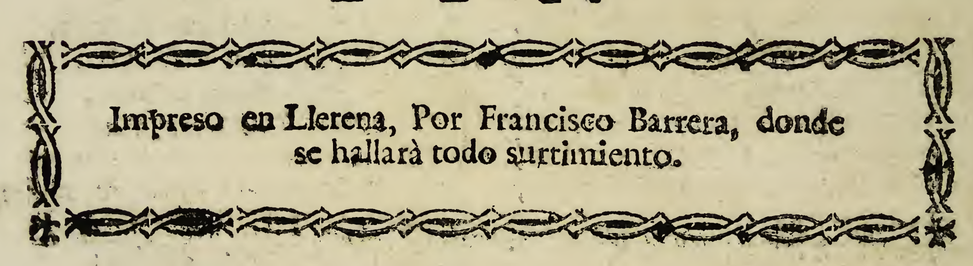
lle-

llegò un Soldado arrogante,
que Sibiamblec se llamaba,
desafiando al gran Duque,
y à quantos con èl estaban,
sin pedir licencia al Duque,
por el cuerpo le agarraba,
apretè e entre mis brazos,
y la vida le quitara.
Echèle en el Mar, y luego
volvì à tomar mi Alabarda,
y apenas huve salido
seis pasos de la Real Casa,
quando hallè algunos Sargentos
q al ver q a ellos me igualaba,
en corrillos divididos,
de mi murmurando estaban,
me silvan, y me estornudan,
me dicen: Perra bellaca,
quien la ha hecho Soldadilla,
no viniendole de casta?
Tanto, de ver mi desprecio,
me cegò la furia, y rabia,
que ardiendo en ira, y enojo,
metiendo mano à mi Espada,
acometì à todos juntos;
les quitè las Alabardas,
arrastrèlas por el suelo,
y les dixe: Ruines mandrias,
pues que perdisteis la honra,
volved por el Rey de España,
que las insignias, que os diò,
oi un Negro las arrastra.
Mas viendo que no se atreven,
del suelo las levantàra,
y con rendimiento humilde
las besè, y dixe al tomarlas:
Perdona, mi Rey Filipo,
Monarca invicto de España,
ellos la ocasion me dieron,
que yo no me la tomara;
pero su descortesia
diò à mi atrevimiento causa.
Vispera de Navidad,
triste dia para España,
el Duque de pena llora,
de vèr que sin gente se halla,
porque de la que tenia
mas de la mitad le falta,
pues el feròz enemigo
unos prende, y otros mata.
Mas sin temor, ni recelo,
à las trincheras contrarias
me acerquè buscando presa
que llevarle al Duque de Alva;
Vì, que el Principe de Orange
en su tienda està sin Guardia,
y al vèr ocasion tan buena,
determinè de lograrla,
Con un puñal à los pechos,
le dixe: Rindete à España,
Principe, y date à prision,
sino he de sacarte el alma,
Le desarmè, y luego al punto
en los hombros me lo hechara;
y àcia la Tienda del Duque
corrì con el, que volaba:
El Duque asi como viò,
que es el Principe de Olanda,
con gran gozo, y regocijo
le dice aquestas palabras:
Estas visitas, Señor,
me dàn mui alegres Pasquas;
Si tienes tales Soldados,
respondiò, que aquesto hagan,
q mucho q tiemble el Mundo
al valor de vuestra Espada?
Ponense à hacer colacion
el Principe, y Duque de Alva,
y el Negro à la cabecera,
entre los dos se sentara,

Y

y en su aplauso mientras cenan,
alegres coplas le cantan.
Ajustaronse las paces,
como las quisiese España;
honrando el Principe, y Duque
al Negro por sus hazañas.
Vinòse el Duque à Madrid,
quiso que le acompañara,
y de mi le contò al Rey
muchas acciones bizarras.
El Rey, con gana de verme,
entrar al Salòn me manda,
hinquè la rodilla en tierra,
y el Rey me dixo: Levanta
noble Maese de Campo,
Yluftre, y honor de mis Armas;
Comendador de la Torre
en la Orden de Calatrava.
Seis mil ducados de renta
mando, que se os dèn en plata;
y Capitan General
de la Infanteria de España.
De turbado no acertè
à decir al Rey palabra,
aunque para agradecer
lo que a mi humildad ensalza;
y lo bien que me ha premiado,
ruego à Dios q̃ un rayo me haga
para postrar Enemigos
de nuestro Rey à sus plantas.

F I N



Impreso en Llerena, Por Francisco Barrera, donde
se hallarà todo surtimiento.